

sición hostil contra los que no pertenecen á la ciudad: todo extranjero es enemigo. Si el extranjero es enemigo, se puede, se debe combatirlo por todos los medios, porque se trata de la salvación de la patria, y esta salvación es la ley suprema. No se dice que el extranjero es un hombre y que hay que respetarlo como tal: al principio no es conocida la unidad humana, y aún cuando empieza á traslucirse, el interés domina al deber, porque el interés, confundiendo con la existencia, parece ser el primero de los deberes. Hé aquí por qué el interés domina en las relaciones internacionales. Esta doctrina ha sido la de toda la antigüedad, y ha reinado hasta nuestros días.

¿Por qué la idea de lo justo y del deber, una vez reconocida entre individuos, no se extiende á las relaciones de los pueblos? La razón está en que el individuo, en cuanto se despierta su conciencia, conoce que está obligado respecto de sus semejantes por la regla del derecho y del deber. Esta conciencia despierta mucho más tarde en las naciones. Se necesitan largos siglos ántes de que adquieran el sentimiento de su individualidad y de su responsabilidad; se necesitan largos siglos aún ántes de que este sentimiento se traduzca en hechos. Y es porque las naciones están representadas por órganos que tienen sus intereses particulares, intereses que casi siempre están en oposición con las exigencias del deber. El poder real es un poder esencialmente egoísta; los reyes se guían siempre por su interés, nunca por la justicia; por poco que ayude la ambición, la causa de las naciones aparece confundida con la de sus jefes; pero si la gloria gana en ello, el deber pierde.

Esta mala organización de los pueblos impide que la idea del deber penetre en las relaciones internacionales. Considerándose las naciones como solidarias con sus príncipes, adoptan su política interesada, y entonces se forma la falsa noción de la diplomacia, que considera « la ruina y la perdición de un Estado como la conservación y la prosperidad de los otros » (1). Bajo el imperio de este error, la conciencia pública se vicia; las relaciones interna-

(1) Estas son las palabras de un escritor del siglo XVI, CASTELNAU, *Memoirs*. (PETITOT, t. XXXIII, p. 85.)

cionales no tienden al desenvolvimiento armónico de la humanidad; cada nación, por el contrario, es para las demás un enemigo que hay que combatir por todos los medios posibles. Tal era la política reinante cuando Maquiavelo escribió su *Príncipe*. La posteridad ha condenado su nombre y practicado su doctrina. No se ha echado de ver que el maquiavelismo no es invención de un hombre, que es más bien el sentimiento de todo el género humano en lo pasado, y aún en lo presente. Maldecir á Maquiavelo sería, pues, maldecir la imperfección humana. Pero si el hombre es imperfecto, también es perfectible, y el progreso, dígase lo que se quiera, se manifiesta en la política lo mismo que en la moral privada. Pero no basta condenar el maquiavelismo, es preciso ver por qué se conserva esa funesta doctrina á pesar de ser condenada. La razón está en que predominan los intereses de los príncipes. Maquiavelo ha escrito su libro para los príncipes; no lo hubiera escrito para las naciones. Organicéense los pueblos de suerte que la voluntad general resulte fielmente representada, y entonces el maquiavelismo dejará de deshonrar las relaciones internacionales. El deber reemplazará al interés, porque las relaciones serán entre seres jurídicos y responsables. Vendrá una época en que no se comprenderá ya que haya una moral para las naciones y otra para los individuos, porque los individuos, que componen la nación, serán los que decidan lo que es justo entre los pueblos, así como lo que es justo entre los individuos.

## SECCIÓN I.—EL MAQUIAVELISMO.

### § I.—Los hechos.

#### I.

Hemos dicho que la doctrina de Maquiavelo es la expresión de las preocupaciones y los errores que reinan desde la más remota

antigüedad en las relaciones de los pueblos. No es esto una excusa peculiar ó exclusiva del autor del *Príncipe*; la teoría está casi siempre dominada por los hechos. Esto es cierto, principalmente en los sistemas políticos. Cuando los escritores quieren elevarse sobre la realidad, se extravían en la utopía y no ejercen influencia, al ménos sobre sus contemporáneos. Los que pretenden dirigir á los hombres se mantienen en el terreno de la realidad, pero encuentran otro escollo, y es que, á fuerza de vivir en los hechos, erigen el hecho en derecho. Los dos grandes filósofos de la Grecia son los representantes de estas tendencias contrarias. Platon vive en un mundo ideal; bajo el nombre de *República* escribe una utopía, falsa é irrealizable por ciertos conceptos, pero llena también de elevadas aspiraciones. Aristóteles vive en el mundo real; estudia las constituciones políticas que tiene á la vista, y después escribe su teoría. ¿Qué es lo que le sucede? Que viendo la esclavitud establecida en todas partes, no se contenta con sufrirla, y la justifica. Maquiavelo es de la escuela de Aristóteles, es, como él, el hombre de la realidad; como él, erige el hecho en doctrina. No se maldice á Aristóteles por haber escrito la justificación de la más grande de las iniquidades sociales; ¿por qué, pues, se ha de maldecir á Maquiavelo, si es cierto, como vamos á probar, que su único error ha sido reflejar en sus escritos la política dominante?

Lo que perjudica á la reputación de Maquiavelo son las ilusiones que suelen hacerse sobre el cristianismo y la caballería. Se imagina que ha habido en la Edad Media una política cristiana, cuyos órganos eran los papas; y ¿qué podía ser aquella política sino la expresión de la moral pura del Evangelio? Se imagina también que la caballería había introducido en las relaciones del feudalismo los sentimientos más nobles y delicados, y se atribuye igualmente al cristianismo el mérito de estos sentimientos. Después se supone que Maquiavelo ha reemplazado el ideal cristiano por la vil doctrina del interés. Hay en estas ilusiones tantos errores como palabras. Es una singular exageración de la influencia de una religión, cuyo fundador decía que su reino no era de este mundo, y que debían abandonarse al César la tierra y sus intereses, para no cuidarse más que del cielo y de la sal-

vación de las almas. Hemos visto el pontificado, y hemos observado que su acción directa sobre la política fué sensiblemente nula. Cuando ha obrado por sí mismo, parecía la encarnación de la antigua Roma; la Santa Sede, lo mismo que el Senado, no retrocedía ante la violencia ni ante la perfidia. Hay papas que hubieran sido dignos discípulos de Maquiavelo; mejor dicho, fueron sus maestros; ¿no confiesa el gran político que gracias á la proximidad de la corte en Roma, los Italianos no tienen fe ni ley? (1). En cuanto á la caballería, se han tomado por realidad las novelas. ¿Se quiere una prueba bien patente de que ni la caballería ni el cristianismo habían producido una doctrina internacional digna del Evangelio y de lo que se llama espíritu caballeresco? Consúltese la historia de los tiempos que separan la Edad Media de los tiempos modernos. Es una sociedad formada por el cristianismo y que sigue bajo la tutela de la Iglesia; veamos si el discípulo hace honor al maestro.

El siglo XIV cuenta entre sus héroes personajes cuyas hazañas son celebradas por las crónicas y romances; los Boucicault, los du Guesclin pasan por la flor de la caballería, y sin embargo, aquellos ilustres caballeros consideraban como una inocentada el guardar la fe jurada; al ménos, se conducían como si ésta hubiera sido su doctrina; se les vió invocar la generosidad de sus adversarios para tenderles un lazo y hacerles perecer (2). Los príncipes en el siglo XV fueron dignos sucesores de aquellos héroes; escuchemos á un historiador que se ha entretenido en pintar las costumbres de aquellos tiempos según las narraciones de los cronistas: «Los príncipes, dice Barante, habían llegado á menospreciar el honor y la virtud y á no avergonzarse del vicio y de la deslealtad. No pensaban más que en destruirse unos á otros por medio de la guerra y de la violencia, ó del hierro y del veneno. Habían olvidado las leyes de Dios, ó creían que no habían sido hechas para ellos» (3). La religión no servía más que para engañar á los que eran bastante sencillos para creer que era un freno.

(1) Véase el tomo VI de mis *Estudios sobre la Historia de la humanidad*.

(2) SIMONDI, *Historia de los Franceses*, t. VI, p. 239.

(3) DE BARANTE, *Historia de los duques de Borgoña*, t. VII, p. 177.

En vano procuraban los príncipes obligarse por medio de los más formidables juramentos; en vano juraban «sobre los Santos Evangelios, sobre el santo cánon de la misa, sobre la verdadera y preciosa cruz de Jesucristo, tocando con sus manos dichos cánones, Evangelios y cruz» (1); ¡sus juramentos eran palabras vanas! Hay más: el asesinato fué erigido en doctrina, ¿y por quién? Por gentes de Iglesia. Y ¿en qué autoridad fundaban tal trastorno de toda idea moral? ¿En ejemplos de la Sagrada Escritura! Y el asesinato que predicaban, como una accion santa, lo hacian todo lo pérfido y bajo que les era posible; predicaban, siempre con los libros sagrados en la mano, que la muerte más conveniente para un tirano eran las emboscadas y la traición (2).

## II.

Trasportémonos ahora á la sociedad en que vivió Maquiavelo. Si el catolicismo hubiera tenido una política internacional, ésta hubiera debido manifestarse en Italia más bien que en cualquiera otra parte. Las relaciones eran allí más activas, la civilizacion estaba más adelantada, y los jefes de la Iglesia intervenian en todas las guerras que desgarraban la Península. ¿Quién no hubiera esperado que los papas diesen el ejemplo de la honradez pública, respetando el derecho, practicando la ley del deber? Sin embargo, el historiador encuentra con asombro un espectáculo completamente contrario. Maquiavelo mismo lo hace notar. Si los Italianos están corrompidos, dice, si son pérfidos, á la Iglesia lo deben. En vano se dirá que el que habla es un enemigo: ahí están los hechos, que acreditan «que el envenenamiento, el asesinato, juntamente con la supersticion, caracterizan á los pueblos de Italia.....» «Malvados hábiles, ateísmo y devociones, crímenes y traiciones»; esto es lo que se encuentra á cada paso en un pueblo sometido á la influencia directa de la Iglesia (3). Recorde-

(1) DE BARANTE, *Historia de los duques de Borgoña*, t. IX, p. 19.

(2) *Justificacion del duque de Borgoña*, por el franciscano JUAN PETIT, en DE BARANTE, t. II, p. 186.

(3) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. 105.

mos algunos rasgos de aquellos tristes tiempos; verémos á la religion tomando parte en los más negros crímenes, no para detener la mano de los culpables, sino para asegurarla.

Galeas Esforcia, duque de Milan, fué asesinado en la catedral el día de San Estéban; los asesinos hicieron oracion en alta voz á San Estéban y á San Ambrosio, á fin de que les diesen valor para matar á su soberano. El asesinato de los Médicis fué tramado por un papa para favorecer á sus bastardos; un cardenal dirigió la conspiracion, el arzobispo de Florencia trazó el plan, y un sacerdote se encargó de la muerte. Se eligió para la ejecucion la solemnidad de una fiesta religiosa; en el momento de la elevacion de la hostia, Julian de Médicis fué muerto y su hermano herido. ¡Si la imaginacion quisiera forjar las circunstancias de un crimen para avergonzar á la Iglesia, no hallaria nada más á propósito que la realidad!

Como se ve, los Borgias no son una excepcion en el siglo xv; son la horrible expresion de costumbres horribles; pero es preciso convenir en que Alejandro VI y el cardenal su hijo brillan en medio de aquella sociedad de bandidos como los más sobresalientes. Guicciardini hace justicia al genio del papa: «Tenía, dice, una habilidad y una penetracion poco comunes, pero era falso, sin pudor, bribon, pérfido, irreligioso, estaba dominado por una avaricia insaciable y devorado por la ambicion; era cruel hasta la barbarie. Entre los hijos del papa, continúa el historiador, habia uno que tenía todos los vicios del padre; parecia que César Borgia no habia nacido sino á fin de que los criminales proyectos de Alejandro encontrasen un hombre bastante malvado que los ejecutase» (1). Pues bien, hay todavía algo más monstruoso que el papa monstruo: Alejandro VI no ofendió á la conciencia general. Léjos de ello, los contemporáneos admiraron su talento y envidiaron su fortuna. Escuchemos á Maquiavelo: «Alejandro VI se dedicó toda su vida á engañar, y, á pesar de su duplicidad bien conocida, salió siempre airoso en sus artificios. Protestas, juramentos, no le costaban ningun trabajo; no ha habido príncipe que violara tantas veces su palabra ni respetase ménos sus compromisos. Esto

(1) GUICCIARDINI, *Historia de Italia*, lib. I, c. 1.

consiste en que conocia perfectamente esta parte del arte de gobernar» (1). Como se ve, el *Príncipe* de Maquiavelo no es un cuadro de fantasía, es un retrato, y los modelos que el pintor ha copiado fueron un papa y su bastardo.

Hé aquí los ejemplos de moralidad que daban á la cristiandad los vicarios infalibles de Dios: la política pontificia en el siglo xv es el engaño, el veneno y el asesinato. ¿Cómo no habían de aprender los príncipes las lecciones de tales maestros? Su conciencia no debió sobresaltarse en medio de los crímenes, puesto que tenían á su favor la autoridad de aquel que servía de guía á los fieles en el camino de salvacion. Aprovecharon las lecciones de los papas, y, cosa notable, tuvieron siempre por cómplices á la Iglesia, como si ésta no hubiera tenido más mision que fomentar las malas pasiones de los hombres. No exageramos: abundan los hechos para justificar nuestra acusacion.

En el primer año del siglo xvi, los reyes católicos Fernando é Isabel celebraron con Luis XII, rey cristianísimo, un tratado sobre el reparto de Nápoles. ¿Estaba vacante aquel reino y eran legítimos herederos los príncipes que se lo repartían? Un pariente de los monarcas españoles ocupaba pacíficamente el trono. El tratado era lisa y llanamente un acto de bandolerismo, al cual no faltó la consagracion de la divina autoridad del papa, como soberano de Nápoles. Sin embargo, era necesario un pretexto; se convirtió la espoliacion en un asunto de piedad. El preámbulo del acta de reparticion es una obra maestra de hipocresía devota; dos reyes se coaligan para apoderarse en plena paz de un reino, por amor á la paz, á fin de evitar las blasfemias de las gentes de guerra, la profanacion de los templos y el deshonor de las mujeres (2). Pero ¿por qué los dos príncipes se fijaban en el reino de Nápoles más bien que en otro cualquiera? Por socorrer á la Santa Iglesia y por protegerla contra la rabia de los Turcos, cuya alianza había solicitado Federico de Aragon (3). La ejecucion del tratado honra igualmente á la rectitud de los reyes católicos y del rey cristia-

(1) MAQUIAVELO, *el Príncipe*, c. 18.

(2) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. III, P. 2.<sup>a</sup>, p. 444.

(3) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. III, P. 2.<sup>a</sup>, p. 444.

nísimo. Cuando Luis XII invadió el reino de Nápoles, el rey llamó en su auxilio á su primo Fernando de España. Este envió á Italia un ejército formidable, en apariencia para combatir á los Franceses; el príncipe de Nápoles, demasiado confiado, le entregó sus ciudades y sus puertos. De esta manera fueron conquistados sus Estados casi sin desenvainar la espada. ¿Se creará que tales hazañas de bandido han encontrado un defensor en el siglo xix? Un doctor y profesor de teología ha hecho la apología del rey de España: «Fernando, dice, veía que Luis XII iba á conquistar á Nápoles; más valía tomar para sí la mitad, lo cual en el terreno del derecho era sostenible» (1). Un bandido ve que otro va á despojar á un viajero, y se pone á ayudarle y á repartir con él la ganancia; le llevan ante el tribunal, y sostiene que está puro como la nieve. ¡Este es el derecho católico! Esta es la política consagrada por el papa en el siglo xvi.

Alejandro VI no hizo más que dar su aprobacion al reparto de Nápoles. Un papa, cuya reputacion es mucho mejor, toma la iniciativa para concitar á la Europa entera contra la república de Venecia. La misma hipocresía aparece en los tratados en que intervinieron Julio II, Maximiliano de Alemania y el bueno de Luis XII: «El rey de los Romanos y el rey de Francia declaran que se han unido contra los Venecianos á petición del Santo Padre: el Papa los ha invitado con grandes instancias á que vengán en auxilio de la Santa Sede, á fin de ayudarle á recobrar sus posesiones invadidas por Venecia con desprecio de la fe, de la religion y de Dios. Los reyes, como hijos obedientes de la Iglesia, se unen con Julio II en bien de la república cristiana, expuesta á los ataques de los infieles.» ¡Singular medio de salvar la cristiandad, despojar á una república que era uno de los baluartes de la Europa contra los Turcos! Despues vienen las quejas contra la tiranía de los Venecianos y su insaciable ambicion, que conspira á la pérdida de todos los Estados; todos deben unirse para sofocar un incendio que amenaza abrasarlo todo. La consecuencia es que la Liga, no solamente es útil, sino que es honrosa y necesaria (2).

(1) HEFELÉ, *Isabel de Castilla*, p. 86.

(2) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. IV, P.<sup>1</sup> 1.<sup>a</sup>, p. 58 y 113.

Para caracterizar la moralidad de la coalición hay que añadir que Luis XII era aliado de los Venecianos, los cuales le habían ayudado á hacer la conquista del Milanesado. Maximiliano, por su parte, acababa de celebrar una tregua de tres años con la república. El honrado alemán tuvo algunos escrúpulos, pero su aliado el Papa tranquilizó su conciencia: « El emperador era el protector de la Iglesia romana, y como tal debía prestarle auxilio. » El que ménos vergüenza tuvo de los tres bandidos coronados que firmaron el acta de reparto, fué indudablemente el Papa. El vicario de Cristo llevó su impudencia hasta el extremo de poner los rayos espirituales al servicio de su ambición: en el tratado se estipula que Julio II lanzará el interdicto contra la república, contra sus súbditos y contra sus aliados. El Papa se obligó además á entregar al primer ocupante los bienes de los Venecianos. Después, por medio de una bula expresa, santificó la Liga, proclamando « que había sido celebrada para la exaltación de la santa cruz y para la propagación del nombre cristiano. » Por último, el Papa hizo á Dios mismo cómplice de su rapiña, declarando que la Liga sería provechosa para la cristiandad, para Dios y para Jesucristo, nuestro salvador: « porque, dice, defiende su causa y procura su honor » (1).

Julio II no era un malvado; si hubiera ceñido otra corona cualquiera en lugar de la tiara, hubiera pasado por un grande hombre. Una elevada ambición le inspiraba, según se dice; quería librar á la Italia de los Bárbaros. La Liga contra Venecia fué sustituida bien pronto por una Liga nueva contra el aliado más poderoso del Papa, el rey de Francia. Julio II se proponía armar á los Bárbaros unos contra otros y arrojarlos á todos del suelo italiano. El fin parecía santo; para conseguirlo, Julio II no retrocedió ante ningún medio: engañó á los aliados, engañó al mismo Dios, de quien se decía vicario, haciendo alarde de un celo religioso muy ajeno á sus propósitos, puesto que todas sus miras se dirigían al engrandecimiento de los Estados pontificios. En definitiva, vemos al jefe de la Iglesia seguir la máxima funesta que se ha echado en cara á una orden poderosa: que el fin justifica los

(1) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. IV, P. 1.<sup>a</sup>, p. 116.

medios. En esto consiste el maquiavelismo. Y, cosa notable, el objeto que Maquiavelo se proponía era el mismo que se atribuye como un mérito á Julio II; el secretario florentino era un patriota por lo ménos tan ardiente como el Papa; quería, como él, emancipar la Italia. ¿ Por qué, pues, sigue pesando la maldición sobre la cabeza de Maquiavelo y siguen los historiadores exaltando á Julio II?

## § II.— La teoría.

### N.º 1.— Maquiavelo.

No hay en el mundo político reputación más odiosa que la de Maquiavelo; según sus numerosos detractores, ha inventado la mentira, la perfidia, la crueldad fría; diríase que antes de él no ha habido traidores, ni ambiciosos sin conciencia, ni tiranos crueles; diríase que todo lo malo que se ha hecho en las relaciones de los pueblos procede del *Príncipe*, como el efecto de la causa. Si Mauricio de Sajonia engañó al emperador, consiste en que había leído á Maquiavelo. Si los sultanes ahogan á sus hermanos á su advenimiento al trono, es porque el *Príncipe* ha sido traducido á la lengua turca. La matanza horrible de la noche de San Bartolomé y la conspiración de las pólvoras no reconocen otro origen. En fin, poco falta para que hagan á Maquiavelo encarnación del demonio. El escritor inglés de quien tomamos estos detalles, es un admirador del político florentino; pero aunque procura explicar el *Príncipe*, Macaulay confiesa que la primera lectura de aquel libro famoso le había llenado de asombro y de horror: « Un forzado empedernido, dice, no tendría tanta audacia para predicar el crimen. La tranquilidad del autor, cuando expone su espantosa teoría, tiene algo del espíritu del mal » (1).

El juicio del historiador inglés es el de todo hombre que tiene el sentimiento del bien y del mal. Maquiavelo no encuentra un solo partidario en el siglo XIX. No sucedió así en el XVI; el libro

(1) MACAULAY, *Essays. Machiavelli*.